

## COMUNICACIONES

### ASOMBRO, INSATISFACCION, PASMO, BUSQUEDA: SER HOMBRE\*

*Carlos A. Rivera\*\**

No existe Educación sin fines. Lo demás son técnicas sin horizonte. En la dinámica de la enseñanza-aprendizaje, modificamos, nos modificamos, cambiamos educadores y educandos, se supone para mejor. ¿Qué es lo mejor en la actualidad? ¿El consumo inteligente y equilibrado de lo que nos ofrece el mundo de vitrina? ¿Somos mejores, porque somos mejores consumidores? ¿El visualizar las ofertas de la vida es lo que determina la calidad del cambio? Pareciera que nos quedamos cortos. El fin ha de apuntar a algo más amplio aun con el riesgo de perder las gangas de fin de semana. Estamos hablando de construir personas.

Fullat está atravesado por la cuestión del fin de la educación. Parafraseándolo, Fullat atisba parte de la finalidad pero no completamente, y por ello la busca incesantemente o, más aún, es arrastrado por ella en la misma búsqueda. El *eros* educativo lo ha

---

\* Sobre el libro "El Pasma de Ser Hombre" de Octavi Fullat. Barcelona, Editorial Ariel S.A., 1995.

\*\* Pontificia Universidad Católica del Perú. Departamento de Educación

flechado y anda así, lanzado, hacia aquello que es el fin. La educación y el mismo hombre no se entienden sino desde los fines que los ordenan, los configuran y los hacen comprensibles, inteligibles —en la medida que esto es posible. El problema es que fin e inicio no están separados, hontanar y destino se unen en un recorrido del cual percibimos instantes más o menos ordenados según sepamos tomar distancia sin perdernos en los apriorismos. Y entonces, preguntarnos por el fin, es asomarnos al origen. Asunto peliagudo en estos tiempos de relatividad. Fullat participa de ese *ethos* valiente del que habla. *Ethos* que es en sí mismo exigencia ineludible, porque todos estamos en ese recorrido. Estamos en él no sólo porque la educación es un hecho que sale a nuestro encuentro, sino porque somos, según Fullat, seres educandos, siempre educándonos, siempre insatisfechos, siempre “por hacernos”. La cuestión del fin de la educación está a punto de atravesarnos también.

Fullat me fue entregado en tiempos en que por asuntos diversos me cuestionaba sobre lo que significaba irse constituyendo persona en un tiempo en que el mismo concepto de persona parece cuestionarse —si no en el discurso, sí en la práctica. ¿Ser persona? Pasar del nivel de lo necesario, diría Fullat junto con otros. Ser un trozo de naturaleza educado, añadiría. Es más. Fullat deja de lado el esquema monista en que el hombre se reduce a naturaleza moldeada por la civilización. Existe el ámbito de la conciencia, de la libertad, de la creatividad. La persona surge como superación, re-revelación e integración. Y casi sin querer ya vamos conduciéndonos a los fines.

Muchos coincidimos con Fullat en que los fines más que herramientas epistemológicas debían apuntar a valores. Ser persona parece configurarse como ser-en-valores, entendidos estos no como consensos sociales o culturales sino como referencias últimas, las estructuras del bastidor en el que se entretejen nuestras vidas. Y aquí empiezan las dificultades. No basta saber cómo se originan los valores sino cómo se convierten estos en obligación moral, en deber-ser. Parece estipulado que el deber-ser nos convierte en hombres. La prohibición, el deber ser, es inicio de la cultura y la civilización, de nuestro ser hombres. Y no sólo en el conocido sentido freudiano sino en el que nos impone los límites del otro para poder percibirlo. La prohibición entendida así es condición de posibilidad de la educación.

Pero el núcleo de la exposición de Fullat no se pierde en consideraciones laterales. Fullat intenta -creo yo- abordar la esencia -si así podemos hablar- de nuestro ser hombre. Este se define como *insatisfecho*, palabra que el autor usa etimológicamente para designar, lo todavía no hecho. El hombre está por hacerse, siempre está haciéndose. Pero “hacerse” no sólo en el uso común de ir adquiriendo una postura o dimensión en la sociedad, adaptándose de alguna manera a lo existente o cotidiano. Fullat dirá que tiene que *hacerse*, en el sentido de dejar de ser nada. Ha de adquirir existencia.

Esa condición de “nada”, de “aún por hacerse” surge de la toma de conciencia del mundo y de sí. Fullat nos trae de vuelta a la actitud filosófica original del asombro. Y el asombro surge en los vericuetos de la comprensión. Al tomar conciencia de algo, descubrimos que esa toma de conciencia no participa de ese algo: En mi toma de conciencia de que amo -dice Fullat- no hay pizca de amor. Asimismo, el yo viviente es distinto al yo que toma conciencia de aquél y entonces no somos ese viviente. Pasmó. Estamos insatisfechos. Comenzamos la búsqueda, so pena de desesperarnos.

Esta insatisfacción básica es la que nos lanza hacia adelante, si es que decidimos no acomodarnos a ella. La acomodación es posible, sin embargo (posible, no significa “realizante”). La actitud postmoderna aparece como una opción de acomodación. Esta insatisfacción, esa nada, es todo lo que podemos alcanzar. “Vivámosla entonces, disfrutemos de la “plenitud” posible y tangible”, es el *motif* de su discurso. Presunción, lo llama Fullat. Realidad cotidiana para nosotros. Peligro de caer en el vértigo de lo temporal, llámese economía de mercado, predominancia de la imagen o relativismo cultural. Peor aún cuando somos empujados a ello por la premura de la subsistencia. Entonces es mejor aprovechar las migajas de ahora porque no sabemos -¿no interesa?- que nos deparará el futuro.

Lanzarse hacia adelante comporta a su vez distintas posturas. Fullat distinguirá entre el esperar y la esperanza. El esperar se queda en lo temporal. Esperar significa actuar para que los resultados ocurran tal como los planeamos o pensamos que sucedan. Esperar es mejor que presumir o desesperarse ante la insatisfac-

ción. Esperar implica proyección, dedicarse al negocio *-neg-otium-* para lograr el *otium*, el sacrificio por el contentamiento temporal. Encomiable labor, pero limitada. Aun cuando los proyectos son realizados, considera Fullat, sólo nos remiten a una nueva situación y la toma de conciencia de ella nos develará otra vez nuestra insatisfacción.

Sin embargo, se ha dado un paso cualitativo más, porque ya hay una esfera de valores a los que referirse si es que dichos proyectos han de estar fundados en cierta solidez. Y al proyectarse se ha empezado a caminar. Pero el supuesto final del camino, enmarcado entre valores que son psicosociales o psicobiológicos no nos da la respuesta. Para Fullat, esos valores acaban siendo “técnicas para triunfar”. En el decurso de su exposición, son un triunfo vano. El problema es que dichos valores no superan lo fáctico. Están ahí –dice el autor– “pero no hay razón definitiva por la que deban estar ahí”.

La fase final de búsqueda está ya insinuada para Fullat. Hay que dar el salto más allá de la historia, a la “metahistoria” y convertir la espera en esperanza. Fullat arguye que ya no hay fenómeno que describir –la esperanza es esperanza de lo que no se ve– y entonces usa la hermeneútica: Interpreta la experiencia humana de atisbar la metahistoria para terminar de describir el proceso del hombre en busca del ser.

Es a este nivel donde se inscriben los fines de la educación. Decía arriba que los fines no podían ser apriorismos: Maneras de describir lo que intentamos alcanzar. Nos quedaríamos a nivel de proyecto. La educación apunta a la existencia del hombre. Y en el curso seguido por el autor, la educación sólo puede ayudar a que el educador-educando *sean* en la medida que haga posible dicha existencia. Esto es que trascienda su condición natural de violencia, de encuentro inevitable de conciencias, a la búsqueda dinámica de lo duradero, de lo metahistórico, de lo que puede aceptarse como valor en sí, y no como acuerdo social de lo que debe hacerse. La educación en valores, se convierte en “contemplación activa”, en “actitud mística” de alguna manera.

Embarcados como estamos en la Facultad de Educación de la PUC en buscar nuevos derroteros para una educación para el ma-

ñana, la reflexión de Fullat nos puede ayudar a no perder horizonte. Nuestros objetivos y planes caen en el nivel de proyectos. No es un defecto. No pueden escapar de lo situacional. Nuestro afán educativo se concibe como quehacer, como esfuerzo constante para educar –“educir”– personas. Sin embargo, y más que nunca ahora, intentamos formar en valores. Valores que pueden no ser –no son– aquellos que enuncian los defensores de una modernidad postmoderna. ¿Cómo promover valores que no caigan en la relatividad, sino que encaucen nuestra libertad y nos ayuden a Ser? La clave puede ser mirar más allá de lo histórico. Trascender. ¿Vuelta a la religión? No lo sé. Pero si queremos ir formando personas (Por ahí empezó esta pequeña reflexión) habremos de ayudar a que los sujetos tomen conciencia de sus límites, se asombren de sí mismos, asuman el “pasma de ser hombres” y se lancen hacia lo verdadero. Entonces tendrán la oportunidad de *satisfacerse*.